



El marika soy yo

Kenny Quimbayo

Siete de la mañana, me encontraba en un lugar donde las esculturas angelicales desnudaban los muros que me rodeaban. Las pinturas de arte antiguo desgastadas como pierna de puta barata y con miradas empedradas mostraban un santo Queen, cuya pose morbosa desafiaba la solemnidad del entorno; solo se oía una y otra vez un estribillo constante de refranes: — *Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum...* — que repetía junto una multitud desconocida.

En mis manos colgaba una cadena de innumerables eslabones. Solía enredarme entre las sentencias tradicionales y volvía a mirar hacia adelante. Allí, tres perras con mantos tejidos con hilos de monotonía, tela áspera y sin gracia, orquestaban cada movimiento de la mano y cada palabra pronunciada al micrófono. El aire tenía un aroma a Doña Juana, la vieja esposa de San Cristóbal, donde se podía percibir una brisa muerta de perfume de san Andresito. Cada palabra que escapaba de sus labios

vibraba en nuestros filtros de maricona: esa mezcla imprecisa de deseo, ironía y trauma que afina lo que el mundo dice. Deslizándose como un susurro con tacones de aguja, dejando una huella brillante y viva, imposible de ignorar. Los eslabones de mi cadena parecían más pesados ahora, como si llevaran consigo los recuerdos de Elton John, Marsha Johnson y Gianni Versace. No obstante, algo indescifrable ocurría: ellas eran los únicos ovarios colgando en aquel recinto, mientras a mis flancos se alzaban exclusivamente sombras de virilidad. Era como si el universo hubiera parido un paño de testosterona en aquel lugar.

Un sonido empezó a retumbar en mis oídos, indicando que la multitud debía dirigirse como borregos enclosetados hacia las famosas aulas claustro. En ese instante, se hizo un silencio total. La perra mayor, Miriam Tovasca, se dirigía hacia nosotros pronunciando con gestos intensos e hipócritas: —bienvenidos,



jóvenes, a este sagrado recinto, donde el Señor les guiará, lejos de las tentaciones del mundo —. Aunque en teoría era un santuario, sabía que se transformaría en una de las famosas fiestas de Sean Diddy.

— Será un inicio inédito — escupía esas palabras, secas y ásperas, como si sus labios estuvieran desbordando polvo de una urna funeraria, un comienzo que alteraría la existencia de cada uno de nosotros. Sin embargo, ignoraba que este era mi punto de partida, el inicio del burdelazo y la desenfrenada licencia en un sitio donde los pensamientos, las palabras y las acciones se confinaban entre las gayolas de nuestro santuario homosexual. En el borde de lo no dicho, donde el silencio se convierte en la única verdad, en ese mismo instante donde los muros de la bartolina parecían susurrar secretos olvidados, comenzó mi viaje grindero, un viaje que se pondría hornifluyente, con tap-taps en el aire y sin foto anónima porque era real.

Era el alba de dar vida a lo que yacía sin vida, el parto de la mariconada, aunque yo ignoraba su

nombre en aquel entonces. Los pasillos, estrechos y oscuros, se brotaban como huesos de anoréxica. Cada paso resonaba en mi mente y mis ojos, afilados como espinas, escrutaban los espectros que me rodeaban. No eran más que sombras, almas desgastadas por el tiempo y el pecado de ser quien soy. “Nada distinto a lo común”, pensé, hasta que mi mirada se alzó. Allí, en un rincón de penumbra, estaba él: un hombre o, mejor dicho, un Celestino. Su piel macilenta parecía impregnada de un esmalte brillante, como si la luna misma hubiera derramado fracciones de ella sobre él. Pero lo que realmente me atrapó fueron sus cejas. Intensas y desbordantes, sus cabellos vibraban como un incendio en plena fiesta queer en theatron. Cada movimiento creaba chispas de pasión en su mirada y su mirada... Su mirada era un blackout de secretos y sudor, un callejón oscuro donde el mismo peligro tiene sexo con la adrenalina. Su nariz recta y proporcional era el puente hacia sus labios carnosos y sugerentes, como dos montañas que ansiaba escalar en ese instante, aunque la cordura me susurrara que era un desvarío. Su mandíbula, dura

y descarada, era la base de un templo clandestino, donde los rezos se gritaban entre dientes y gemidos. Y su estatura, imponente y vertical, desafiaba toda ley terrenal.

Un cuerpo tallado como si Lady Gaga hubiera puesto el drama y

Colton Haynes el vicio: pura perfección

descarada con sello de pecado. En ese instante, supe que no era una criatura con testículos común. Era un misterio envuelto en tela de lino, un juego sucio y tan

corroncho entre el altar y el deseo, donde cada mirada suya era un pecado esperando a ser cometido claramente por mí. Firme como un dios, pero con la debilidad de cualquier mortal. Y así, en ese pasillo de sombras, comenzó mi obsesión por el Celestino.

Al final de esa jornada de mierda, cuando las campanas sonaron como látigos en el aire, nos hicieron formar filas en el patio. El puto patio, un

rectángulo de cemento que olía a sudor, culpa y a orines de algún típico borracho de la Primera de Mayo. Allí estábamos, como borregos, con las cabezas gachas y las manos sudorosas. Entonces lo vi caminando con esa tranquilidad

irritante, como si no estuviera pisando el mismo suelo que nosotros. Parecía flotar, con su sotana negra ajustada al cuerpo, marcando la línea de unos muslos que... mierda, no quería pensar en eso, pero ahí estaba, quemándome la



mente.

— Se dirige a ustedes el Padre Steven — anunció Miriam Tovasca, con esa voz de cuervo moribundo que me provocaba arcadas. ¡El padre! No me lo podía creer. Ese monumento andante, tan inclinado a la belleza y al pecado era el rector del colegio. ¿Quién mierda había decidido meter a un hombre como ese en un lugar lleno de adolescentes



reprimidos? Era como tirar cerillos encendidos a un tanque de gasolina.

Mientras hablaba, su voz penetró mis oídos, suave pero firme, como una mano que te agarra del cuello justo antes de follarte. Hablaba de disciplina, de obediencia, de dios y de redención, pero yo no podía concentrarme en nada más que en sus labios, esos labios gruesos y pecaminosos que se movían como si estuvieran diseñados para provocar.

Y entonces, me miró. Fue un segundo, un puto segundo. Pero bastó para que mi corazón se detuviera y mi cabeza comenzara a llenarse de imágenes que no debía tener. Me imaginé en su despacho, con él sentado en ese escritorio enorme, con sus ojos oscuros clavados en mí mientras yo...

— ¡Maik! — gritó una voz detrás de mí, rompiendo mis alucinaciones de hongos coloridos.

Me giré sobresaltado y vi al celador, un tipo gordo y calvo que parecía odiar su propia existencia tanto como la nuestra.

— Pon atención, maricón de mierda. La palabra me atravesó

como una flecha, pero ya no dolía. No como antes, ahora, cada vez que me llamaban así, sentía un fuego crecer en mi pecho. Sí, soy maricón, ¿y qué? pero no lo dije. Solo lo pensé, porque todavía no tenía las huevas para gritarlo en su cara. Esa noche, en la soledad de mi cama estrecha y dura como un ataúd, no pude dejar de pensar en él. En el Celestino, en su mirada, en su voz, en el extraño poder que parecía tener sobre mí. Me odié por eso, me odié porque sabía que estaba mal, que no debía pensar en un sacerdote de esa manera, pero al mismo tiempo... ¿cómo podía evitarlo? Él era todo lo que yo quería tener, alguien fuerte, seguro y con algo de poder.

A la semana siguiente, tuve mi primer encuentro a solas con él. Fue en su despacho, un lugar oscuro e inundado de incienso, donde las paredes estaban llenas de crucifijos y cuadros de santos que parecían juzgarme con sus ojos pintados.

— Siéntate, Maik — me dijo con esa voz que me hacía temblar las piernas. Me senté frente a él sintiéndome pequeño, insignificante,

mientras él me miraba desde el otro lado del escritorio.

— Me han dicho que tienes problemas para seguir las reglas — dijo, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

— No es eso, padre. Es que...

— No me llames padre — metiendo la cucharada, acercándose hacia mí. Su cara estaba tan cerca que podía sentir su aliento caliente en mi piel. — Puedes llamarme por mi nombre.

Y ahí en ese momento, algo dentro de mí se rompió, o tal vez se liberó.

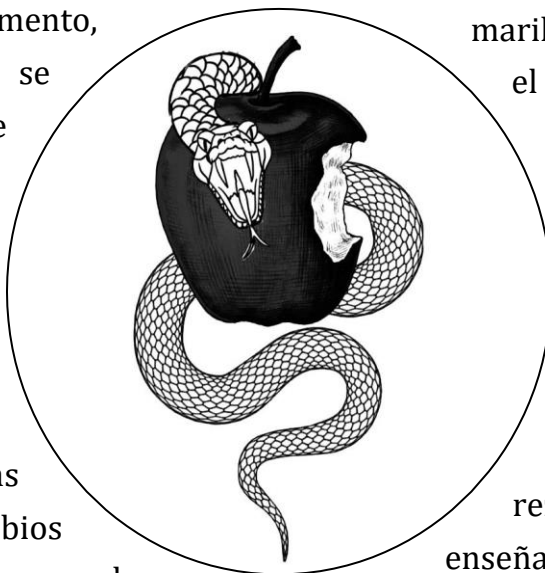
No sé cómo pasó exactamente, pero un minuto después, sus manos estaban en mi cara y las mías en su cintura. Sus labios eran exactamente como los había imaginado: suaves, firmes, desesperados. Su lengua se movía como una serpiente, explorando cada rincón de mi boca, mientras sus manos bajaban por mi espalda, apretándose contra él como si

quisiera fundirse conmigo. No pensé en nada más. No en dios, no en el colegio, no en las consecuencias. Solo en él, en su cuerpo contra el mío, en el calor de su piel, en el fuego que ardía entre nosotros y que nadie jamás podría apagar. Era pecado, era prohibido, pero en ese momento era lo único que me hacía sentir vivo.

Y así, con las paredes del despacho como testigos mudos, me pregunté: ¿el marika no era yo? quizás no al principio, quizás lo fui cuando confundí el altar con su cuerpo y la comunión con su saliva, pero no, el

marika no era tan solo yo, el marika también era él, él que temblaba al borde de su sotana como un ángel con el cielo negado, él que deseó con el cuerpo lo que su alma negó entre rezos, él que vino a enseñarme que la culpa es

solo un disfraz barato del deseo, yo... yo solo fui la chispa, la hoguera ya estaba encendida, tenía encima no solo su aliento sino una historia entera hecha de cadenas, silencios y fantasmas de santos rotos, una





historia escrita con el sudor de los que amaron mal, con el miedo de los que fingieron, con el grito sagrado de los que nunca pudieron amar a plena luz y ahora entiendo por qué su dios lanzó a su ángel favorito al infierno, no fue castigo fue despecho, porque no hay fuego más eterno que el del amor libre cuando se dice en voz alta, porque Sodoma y Gomorra no ardieron por el sexo sino por la cobardía de un pueblo que prefirió

callar antes que abrazar el deseo, porque no fue la lujuria lo que condenó a los hombres sino el miedo de vivirla y ahora lo sé: esa llama sigue viva en cada palabra no dicha, en cada beso que nos prohibieron, en cada cuerpo que se atreve a nombrarse y si el infierno es el precio por amar sin permiso, entonces hermana que arda lo que tenga que arder, porque EL MARIKA SOY YO.